

gre, le llamaban en la isla el francés, por su carácter *improper*. El no ocultaba que estaba impregnado de ideas subversivas: su tenacidad en construir el buque de vapor lo probaba completamente. Decía: *Me ha amamantado el 89*. El 89 era una nodriza que no podía dar buena leche.

Además cometía contrasentidos. Es muy difícil no malearse en las pequeñas poblaciones. En Francia hay que guardar las apariencias, en Inglaterra hay que ser respetable; la tranquilidad de la vida solo se consigue á ese precio. Ser respetable implica multitud de observancias, desde santificar el domingo hasta ponerse bien la corbata. No hacerse señalar con el dedo es otra de estas observancias. Ser señalado con el dedo es el diminutivo del anatema. Las aldeas, que son nidos de comadrería, se distinguen en esa malignidad aisladora, que es la maldición vista por el pequeño agujero del anteojo. Hasta los más osados temen los chismes de vecindad; el que desafía la metralla y el huracán retrocede ante ellos. Lethierry era más terco que lógico, y esto no obstante, su tenacidad se doblaba bajo la presión del *qué dirán?* Echaba agua en su vino, y esta frase es una locución preñada de concesiones latentes y algunas veces repugnantes.

Se separaba de los hombres del clero, pero no les cerraba resueltamente la puerta. En actos oficiales y en las épocas de visitas pastorales, recibía con suficiente urbanidad lo mismo al rector luterano que al capellán papista. Acompañaba á Deruchette á la parroquia anglicana cuando ella iba, que eran las cuatro grandes solemnidades del año.

En resumen: esos compromisos le molestaban y le irritaban, y en vez de inclinarse hacia las gentes de iglesia, hacían que les tuviera más aversión. Tomaba sus represalias multiplicando sus burlonas chanzonetas. Este hombre sin hiel no tenía otras asperezas, pero no había medio de corregírselas. Este era su temperamento y había que dejarle estar.

El clero en masa le desagradaba y lo veía con irreverencia revolucionaria. No sabía distinguir entre las formas del culto. Su miopía en esta materia llegaba al extremo de no ver la diferencia que hay entre un ministro de la religión y un abate. Confundía á un reverendo doctor con un reverendo padre. Decía: *Weley no vale más que Loyola*. Cuando veía pasar á un pastor con su mujer, vol-

via la cabeza al otro lado. *¡Un cura casado!* decía, con la entonación absurda que esas dos palabras juntas tenían en Francia en aquella época. Refería que en su último viaje á Inglaterra había visto á la arzobispa de Londres. Sus rebeliones contra este género de enlaces le hacían montar en cólera.—*¡Un traje talar no se debe casar con otro traje talar!*, exclamaba. El sacerdocio le causaba el efecto de un sexo. Hubiera dicho de buena gana:—*No es hombre ni mujer, es sacerdote.* Aplicaba con mal gusto los mismos epítetos desdeñosos al clero papista que al clero anglicano; envolvía las dos sotas en la misma fraseología, sin tomarse la molestia de parodiar, respecto á los clérigos católicos y luteranos, las metonimias soldadescas que se usaban en aquel tiempo. Decía á Deruchette:—*Cásate con quien quieras, como no sea con un solideo.*

XIII.

La frivolidad forma parte de la gracia.

Cuando Lethierry decía una palabra que tenía siempre presente; cuando Deruchette la decía la olvidaba: en esto se diferenciaban el tío y la sobrina.

Deruchette, que fué educada como ya sabemos, se había acostumbrado á no tener responsabilidad. Insistimos en que hay más de un peligro latente en la educación que no se dá con bastante seriedad. Querer hacer felices á los hijos demasiado pronto es tal vez una imprudencia.

Deruchette creía que estando ella contenta todo iba bien.

Comprendía, además, que su tío se alegraba de verla alegre. Con leve diferencia, sus ideas eran las mismas que las de Lethierry. Su religión se daba por satisfecha con ir á la parroquia cuatro veces al año.

Ignoraba todo lo que sucedía en la vida. Poseía todo lo necesario para llegar un día á enloquecer de amor; entre tanto estaba alegre.

Cantaba sin pensar que cantaba, hablaba sin ton ni son, vivía por vivir, soltaba una palabra y se iba, hacia algo y huía. Era embelesadora. Unid á estos encantos el que dá la libertad inglesa. En Inglaterra los niños van solos, las jóvenes solteras también. Tales son las costumbres. Andando el tiempo, las solteras libres se convierten en esposas esclavas. Tomamos aquí estas dos pala-

bras en su buena acepción: libres en el desarrollo, esclavas de su deber.

Deruchette se levantaba todas las mañanas sin tener conciencia de sus acciones del día anterior.

Se la pondría en un apuro si se la preguntase qué es lo que hizo la semana pasada, pero esto no la impedía experimentar en ciertas horas de turbación misterioso malestar, y sentir pasar algo sombrío sobre su expansión y su alegría. Los espacios azules también tienen nubes, pero estas nubes se desvanecen pronto. Las veía desvanecerse sonriendo, no comprendiendo por qué había estado triste, ni tampoco por qué se encontraba ahora tranquila. Juguetaba con todo; su travesura picoteaba á los transeúntes. Se burlaba de los jovencuelos. Si á su paso se hubiera encontrado con el diablo, indudablemente le hubiera hecho una mueca. Era hermosa, y al mismo tiempo tan inocente, que abusaba de su inocencia. Daba una sonrisa como un gatito dá un zarpazo, y en seguida ya no se acordaba del que había arañado. El día de ayer no existía para ella; vivía en la plenitud del día de hoy. Esto era un exceso de felicidad.

En Deruchette se desvanecía el recuerdo como la nieve se derrite.

LIBRO CUARTO.

El Bug-pipe.

I.

Primeros resplandores de una aurora ó de un incendio.

Gilliatt no había hablado nunca á Deruchette. La conocía por haberla visto de lejos, como se vé la estrella de la mañana.

En la época en que Deruchette encontró á Gilliatt en el camino que vá desde Saint-Pierre Port á Valle, y él la sorprendió escribiendo su nombre sobre la nieve, ella tenía diez y seis años. Precisamente el día anterior le había dicho su tío:

—No hagas más travesuras, que ya eres una mujer.

El nombre *Gilliatt*, que escribió esa niña, cayó en desconocida profundidad.

Qué eran las mujeres para Gilliatt? El mismo no lo sabía. Cuando encontraba alguna la causaba miedo y él también

lo tenía. No hablaba á ninguna mujer más que por completa necesidad. Jamás fué el galán de ninguna campesina. Cuando iba solo por un camino y veía venir hacia él á una mujer, saltaba la tapia de un jardín ó se escondía entre las malezas. Huía hasta de las viejas. En toda su vida solo había visto una parisiense; una parisiense de paso, que era extraño acontecimiento en Guernesey en aquella época. Gilliatt la oyó referir sus desventuras en los siguientes términos:

—*Estoy de mal humor; me han caído algunas gotas de lluvia en el sombrero, que es de color de albaricoque, y este color es tan delicado, que el agua lo mancha.*

Más tarde encontró entre las páginas de un libro antiguo “una dama de la calzada de Antin”, vestida de lujo, y lo pegó en la pared de su huerto para recordar la aparición. En el verano, por las tardes, se escondía detrás de las rocas de la rada Houmet-Paradis para ver cómo se bañaban en el mar, en camisa, las hijas del país. Un día, escondido tras un seto, vió cómo la hechicera de Torteval se ataba la liga. Probablemente era virgen.

La mañana del primer día de *Navidad* (1), en que encontró á Deruchette, y ésta, sonriéndose, escribió su nombre, Gilliatt entró en su casa sin saber por qué había salido. Aquella noche no durmió. Pensó en mil cosas; en que debía cultivar reponches negros en su jardín; en que no había visto pasar al buque de Lerk; en que había visto siempre vivas en flor, cosa rara en aquella estación. Nunca supo de un modo concreto el lazo de parentesco que le unía á la anciana mujer que había muerto, y se acordó de ella con más ternura que nunca. Recordó que encerraba un ajuar de mujer la maleta de cuero. Pensó que al reverendo Jaquemin Hérode le nombrarían de un día á otro dean de Saint-Pierre Port, auxiliar del obispo, y que el rectorado de Saint-Sampson quedaría vacante.

Pensó que un día después de Navidad la luna se halla en su vigésimo-séptimo día, y que por consiguiente la marea alta es á las tres y veinticinco minutos, la media retirada á las siete y quince, la marea baja á las nueve y treinta y tres, y la media subida á las doce y treinta y nueve.

(1) En Guernesey y demás islas del archipiélago de la Mancha, los protestantes celebran el día de Navidad el primer día del año.

Recordó con todas sus más minuciosas circunstancias el traje del highlander que le vendió el bug-pipe, el sombrero adornado con un cardo, el caymore, el vestido ceñido con faldones cortos y cuadrados, el sciltor philaberg, adornado con el bolso sporrán y con smushingmull (caja de cuerno); el alfiler hecho de piedra escocesa, los dos cintos, la sash-wise y el belts, la espada (el swond), el machete (el dirck), y el skene dhu (cuchillo negro con mango del mismo color), armado de dos cairgornus, y las rodillas desnudas de aquel soldado, las medias, las pulseras y los zapatos con hebillas. Con ese traje se convirtió en espectro, que le persiguió, le dió calentura y le amodorró. Se despertó ya muy entrado el día, y lo primero que pensó fué en Deruchette.

Al día siguiente durmió, pero toda la noche estuvo viendo al soldado escocés. Soñó también con el viejo rector Jaquemin Hérode. Al despertar pensó en Deruchette y concibió contra ella violenta cólera; sintió no ser ya niño, porque hubiera ido á romper á pedradas los cristales de su casa. Después reflexionó que si fuese niño aun tendría madre, y se echó á llorar.

Se formó el proyecto de ir á Chousey ó á los Niquiers á pasar allí tres meses; pero, sin embargo, no fué.

No volvió á pasar por el camino que desde Saint-Pierre Port se dirige á Valle.

Se figuraba que su nombre Gilliatt se había quedado grabado en tierra sobre la nieve y que todos los transeuntes lo leerían.

II.

Entrada paso á paso en lo desconocido.

En cambio iba todos los días á las Bravées. No lo hacia exprofeso, pero iba siempre por allí. El camino que llevaba le obligaba á pasar por el sendero que seguía á lo largo de la tapia del jardín de Deruchette. Una mañana, encontrándose en el referido sendero, oyó que una mujer del mercado, que pasaba cerca de él, le decía á otra:—*Mess Lethierry tiene afición á los seakales.* Desde entonces destinó una parte de su jardín del Bú de la Calle al cultivo de seakales, que son una especie de coles que tienen sabor á espárragos.

La tapia del jardín de las Bravées era muy baja; de un salto se podía pasar al otro lado. La idea de asaltar el jardín

le parecía espantosa. Pero no se le prohibía oír al pasar, como las oía todo el mundo, las voces de las personas que hablaban en las habitaciones ó en el jardín. No escuchaba, pero oía. Una vez oyó disputar á las dos criadas, Dulce y Gracia. La disputa la entablaban en la casa, y sin más razón que ésta, le quedó en el oído como una música.

Otra vez distinguió una voz que no se parecía á las dos anteriores; debía ser la de Deruchette. Entonces huyó.

Las palabras que esta voz había pronunciado quedaron eternamente grabadas en su memoria. Eran las siguientes: *Quereis barrer mi cuarto?*

Poco á poco se fué haciendo más audaz, hasta que se atrevió á pararse delante del jardín. Un día Deruchette, que él no podía ver desde fuera aun estando abierta la puerta de su cuarto, se sentó al piano y estaba cantando la canción escocesa; Gilliatt palideció, pero tuvo la suficiente firmeza para quedarse escuchando.

Un día de primavera Gilliatt se apercebíó de que el cielo se abría y se le aparecía una vision: vió á Deruchette que estaba regando las lechugas.

Luego Gilliatt hizo más que pararse; se dedicó á observar las costumbres de Deruchette, á investigar las horas de su aparición y á esperarla, pero cuidando que ella no le viese.

Poco á poco, al mismo tiempo que el jardín se llenaba de mariposas y de rosas, inmóvil y mudo horas enteras, escondido detrás de la tapia y conteniendo el aliento, se acostumbró á ver á Deruchette ir y venir por el jardín. Desde su escondrijo la oía con frecuencia conversar con Lethierry, sentados en un banco debajo de un pabellon, y oía perfectamente lo que conversaban.

Iba haciendo camino y había ya conseguido atisbar y escuchar. El corazón humano es un espía.

Observando la clase de flores que veía coger y oler á Deruchette, acabó por adivinar sus gustos en materia de perfumes. El alcohol era el olor que prefería, después el clavel, después la madre-selva, después el jazmin. La rosa ocupaba el quinto lugar en el orden de sus preferencias. Le gustaba contemplar los lirios, pero no los olía. Gilliatt á cada olor preferente de Deruchette hacia corresponder una perfección.

La sola idea de dirigir la palabra á la jóven le hacia erizar los cabellos.

Una pobre vieja, cuya industria am-

bulante la hacia transitar con frecuencia por la senda que pasaba por el cercado de las Bravées, llegó á fijarse en la asiduidad de Gilliatt junto á aquella tapia y en sus aficiones á aquel lugar desierto. ¿Comprendió por qué era continua la presencia del jóven detrás de aquella tapia? ¿En su estado de mendigante decrepitud, recordaba sus juveniles años y apreciaba, aun en la noche de su invierno, lo que es la claridad del alba? Lo ignoramos, pero una vez que pasó cerca de Gilliat le dirigió expresiva sonrisa y refunfuñó entre encías, porque ya no tenía dientes: *La cosa marcha.*

Gilliatt oyó la frase, que le impresionó, y se preguntó á sí mismo:—¿La cosa marcha? Qué querrá decir la vieja?

Una noche que estaba asomado á la ventana de su casa del Bú de la Calle, cinco ó seis muchachas de la Anerene empezaron á bañarse por puro placer en la rada de Houmet. Jugaban inocentemente en el agua, á unos cien pasos de distancia. Al verlas, Gilliatt cerró violentamente la ventana. Se apercebíó de que la mujer desnuda le causaba horror.

III.

La canción escocesa encuentra eco en la colina.

Detrás de la cerca del jardín de las Bravées, en un ángulo de la pared, cubierto de acebo y de hiedra, pasó Gilliatt todo el verano estático y pensativo. Los lagartos, que se acostumbraron á su presencia, se calentaban tomando el sol casi en las mismas piedras que él. Aquel verano fué esplendoroso y apacible. Gilliatt estaba sentado sobre la yerba, oyendo el sinnúmero de cantos de los pájaros. Se cogía la frente con las dos manos y se preguntaba: “¿Por qué habré escrito mi nombre sobre la nieve?” El viento del mar arrojaba á lo lejos fuertes bocanadas. De vez en cuando en la cantera lejana de la Vauche la trompa de los mineros sonaba bruscamente, advirtiéndole á los pasajeros que se separasen de allí porque iba á reventar una mina. No distinguía el puerto de Saint-Sampson, pero veía los topes de los mástiles por encima de los árboles. Las gaviotas volaban dispersas. Gilliatt oyó decir á su madre que las mujeres podían enamorarse de los hombres, y que esto sucedía algunas veces. El sacaba esta deducción: “Ahora sucede, y lo comprendo. Deruchette se ha enamorado de mí.” Estaba muy triste y se decía: “Pero ella también

piensa en mí.” Pensaba en que Deruchette era rica y en que él era pobre. Creía que el buque de vapor era una invención execrable. No recordaba nunca á cuántos estaba del mes. Contemplaba vagamente los abejorros grandes y negros, que se hundían zumbando en los agujeros de la tapia.

Una noche Deruchette entró en su cuarto para acostarse; se acercó á la ventana con intención de cerrarla. La noche era muy oscura. De repente Deruchette se puso á escuchar, porque en la profundidad sombría había oído una música.

Alguno que estaba probablemente en la pendiente de la colina ó al pié de las torres del castillo del Valle, ó quizás más lejos, tocaba un instrumento. Deruchette reconoció que lo que tocaban era su melodía escocesa favorita, reproducida por el bug-pipe. No comprendió este misterio.

Desde entonces dicha canción se repetía de vez en cuando á la misma hora, sobre todo en las noches más oscuras. Esto disgustó á Deruchette.

IV.

Lethierry oye también el bug-pipe.

Transcurrieron cuatro años. Deruchette iba á cumplir veintuno y no se había casado.

Alguien ha escrito, no sé dónde, que una idea fija es una barrena. Cada año penetra una vuelta más. Si queremos estirparla, el primer año nos arrancará el cabello; el segundo año nos destrozará la piel; el tercer año nos arrancará el hueso, y el cuarto año nos arrancará el cerebro.

Gilliatt había llegado al cuarto año de su idea fija.

Aun no había dirigido la palabra á Deruchette. Soñaba y pensaba siempre en ella, pero nada más.

Sucedió una vez que hallándose por casualidad en Saint-Sampson, vió á Deruchette hablar con Lethierry á la puerta de las Bravées, que se abría sobre el malecón del puerto; Gilliatt se arriesgó á acercarse mucho. Creyó que en el momento de pasar ella le había sonreído. Esto no era imposible.

Deruchette seguía oyendo de vez en cuando el bug-pipe, que tocaba su canción escocesa. Mess Lethierry, que la oía también, acabó por notar ese encarnizamiento musical debajo de las ventanas

de Deruchette. Aquella música tierna era para él una circunstancia agravante. Le disgustaban los amantes nocturnos. Quería casar á Deruchette, cuando fuese hora, á gusto de los dos, pero pura y sencillamente sin aventuras y sin música. La curiosidad le hizo espiar, y creía haber vislumbrado á Gilliatt. Se rascó las patillas con las uñas—esto en él era señal de cólera—y exclamó, refunfuñando:—¿Por qué toca el reclamo ese animal? Es claro que ama á Deruchette, pero pierde el tiempo miserablemente. El que la quiera tiene que dirigirse á mí, y sin tocar la flauta.

Por entonces sobrevino un acontecimiento de trascendencia, previsto algún tiempo ya; se anunció que el reverendo Jaquemin Hérode fué nombrado subrogado del obispo de Winchester, dean de la isla y rector de Saint-Pierre Port, y que abandonaría la población para ir á Saint-Pierre en seguida que diese posesión á su sucesor.

El nuevo rector no podía tardar mucho en llegar. Era éste un gentleman, de origen normando, que se llamaba Joé Ebenezer Caudray.

Se referían respecto del futuro rector pormenores que la benevolencia y la malevolencia interpretaban en diferente sentido. Se decía que era joven y pobre, pero que compensaba su juventud, su saber y su pobreza tener esperanza; porque en el lenguaje especial que se ha creado para la herencia y para la riqueza, la muerte se llama esperanza. Era sobrino y heredero del anciano y opulento dean de Saint-Asaph, y cuando éste muriera él sería rico. Su doctrina era juzgada de diversos modos. Era anglicano, pero según la expresión del obispo Tillotson, muy *libertino*, esto es, muy severo. Repudiaba el farisaismo y se aliaba mejor con el presbiterio que con el episcopado. Acariciaba el sueño de la primitiva Iglesia, en que Adán tenía el derecho de escoger á Eva, y en que Frumentatus, obispo de Hierápolis, se apoderaba de una joven para casarse con ella, diciendo á los padres: *Ella quiere y yo quiero; no sois ya su padre ni su madre; yo soy el ángel de Hierápolis y ella es mi esposa. El padre es Dios.* Dando crédito á lo que se decía de Ebenezer Caudray, éste subordinaba el texto *Honrarás padre y madre*, á este otro texto: *La mujer es la carne del hombre. La mujer abandonará á su padre y á su madre por seguir á su marido.* Desde luego esta tendencia á circunscribir la autoridad pa-

ternal y á favorecer religiosamente todos los medios de formación del lazo conyugal, es propio del protestantismo, sobre todo en Inglaterra y en América.

V.

El éxito justo siempre tiene enemigos.

Hé aquí cuál era en aquel momento el balance de Lethierry. La *Duranda* dió de sí todo lo que prometía. Su dueño pagó las deudas, reparó sus brechas, satisfizo los créditos de Bresna y pagó los vencimientos de Saint-Malo. Libró la casa de las Bravées de las hipotecas que la agravaban; redimió todos los censos y las pequeñas cantidades anuales que sobre ella se percibían. Era dueño del capital productivo de la *Duranda*, cuyo producto líquido ascendía ya á mil libras esterlinas, que iban aumentando. La *Duranda*, pues, constituía su fortuna y también la fortuna del país. Como el transporte de bueyes era uno de los mayores beneficios que reportaba el buque, para mejorar la estiva y la entrada y salida de las reses suprimió las dos perchas y los dos botes, lo que tal vez fué imprudente. La *Duranda* solo tenía, pues, una embarcación, la chalupa, pero una chalupa hermosa.

Diez años habían transcurrido desde el robo de Rantaine.

La prosperidad de la *Duranda* tenía un lado débil, y es que no inspiraba confianza; creían que su suerte era una casualidad; la aceptaban como una excepción. Creían que Lethierry había cometido una locura afortunada. Los imitadores que tuvo en Cowes, en la isla de Wight, tuvieron mal éxito. El ensayo arruinó á sus accionistas. Lethierry decía: "La máquina está mal construida," pero todo el mundo en la isla meneaba negativamente la cabeza. La generalidad está prevenida en contra de todas las novedades, y el menor paso que dan en falso las compromete. Uno de los oráculos comerciales del archipiélago normando, que era el banquero Jauje de Paris, al consultarle sobre una especulación de buques de vapor, respondió desdenosamente: *Lo que me proponéis es una conversión; es convertir el dinero en humo.* En cambio, los buques de vela encontraban todos los socios comanditarios que deseaban. En Guernesey, la *Duranda* era un hecho, pero el vapor no era un principio. Tal es el encarnizamiento de la negación ante la vista del progreso. De-

cian de Lethierry: *Esta vez le salió bien, pero no lo haría otra vez.* Su ejemplo, en vez de inspirar aliento, intimidaba. Nadie se hubiera atrevido á botar al agua otro barco de vapor.

VI.

Fortuna que los naufragos encontraron la goleta.

El equinoccio se anuncia prematuramente en la Mancha. La Mancha es un mar estrecho que opone obstáculos al viento y le irrita. Desde Febrero empiezan los vientos del Oeste y sacuden el agua en todos los sentidos. La navegación se hace con inquietud, las gentes de la costa miran el palo de seña y les preocupa la imaginación las embarcaciones que pueden encontrarse en peligro. El mar parece que está en acecho; clarín invisible lanza no sé qué gritos de guerra; furiosos vientos trastornan el horizonte; el huracán es terrible. La oscuridad silba y sopla. En la profundidad de las nubes la faz negra de la tempestad hincha las mejillas.

El viento es un peligro, la niebla otro.

Desde los tiempos más remotos los navegantes temen las nieblas; en algunas de ellas se hallan suspensos prismas microscópicos de hielo, á los que Mariotte atribuye los halos, las parelias y las paraselenes. Las nieblas tempestuosas son de un orden compuesto: diversos vapores de peso específico y desigual se combinan en ellas con el vapor de agua y se sobreponen en un orden que divide la bruma en zonas y hace de la niebla una verdadera formación: el yodo está debajo, el azufre encima del yodo, el bromo encima del azufre, el fósforo encima del bromo. Esto en cierta medida, y atribuyendo á la tensión eléctrica y magnética la parte que les corresponde, explica muchos fenómenos, como el fuego de San Telmo, de Colon y de Magallanes; las estrellas vagas que se mezclaban con los buques, de que nos habla Séneca; las dos llamas, Castor y Pólux, de que nos habla Plutarco; la legion romana, en cuyas azagayas creyó César que se prendía fuego; la pica del castillo de Druino, en el que el soldado que estaba de centinela la hacía centellear tocándola con la punta de la lanza, y esas fulguraciones de acá abajo, que los antiguos llamaban *relámpagos terrestres de Saturno*. En el Ecuador una inmensa nube persistente permanece atada alrededor

del globo, es el Cloud-ring, el anillo de nubes. La misión del Cloud-ring es refrescar el trópico, así como la misión del Goust-Stream es calentar el polo. Los etruscos, que son para la meteorología lo que los caldeos para la astronomía, tenían dos pontificados, el del trueno y el de la nube; los fulguradores observaban los relámpagos y los aquilegos observaban la niebla. Consultaban al colegio de los sacerdotes augures de Tarquinia, los turios, los fenicios, los pedasgos y todos los navegantes primitivos del antiguo Mar interno. Entonces ya se entrevió la manera de engendrarse las tempestades, que está íntimamente ligada con el modo de formarse las nieblas, y constituye, hablando propiamente, el mismo fenómeno. Existen en el Océano tres regiones de brumas, una ecuatorial y dos polares.

En todas partes, y especialmente en la Mancha, las nieblas del equinoccio son peligrosas. Forman bruscamente la noche en el mar. Consiste uno de los peligros de la niebla en que impide reconocer el cambio de fondo por el cambio del color del agua, de lo que resulta terrible disimulo de la aproximación de las rompientes y de los bajos. El navegante se encuentra junto á un escollo sin que nada le advierta su presencia. Muchas veces las nieblas no dejan al buque otro recurso que ponerse al paio ó echar anclas. Hay tantos naufragios de niebla como de viento. A pesar de haber pasado por la borrasca violenta que sucedió á uno de esos días de niebla, la goleta-correo *Cashmere* llegó de Inglaterra sin sufrir accidente alguno. Entró en Saint-Pierre Port al dar los primeros rayos del sol en el mar, en el momento en que el castillo Cornet disparaba el cañonazo de leva. El cielo quedó despejado. Esperaban con impaciencia dicha goleta, porque en ella debía venir el nuevo rector de Saint-Sampson. Poco despues que llegó á la isla se susurró en la población que por la noche dicha goleta-correo salvó una tripulación naufraga que atracó junto á ella en una chalupa.

VII.

Fortuna tuvo el distraído de que le viera el pescador.

Aquella noche Gilliat, apenas cesó el viento, se fué á pescar, alejándose poco de la costa, con su buque.

A las dos de la tarde, al subir la ma-

rea, brillaba espléndido el sol, y al regresar Gilliatt, pasando por delante del Cuerno de la Bestia, creyó ver que proyectaba la Silla Gild-Holm-Ur una sombra que no era la de la roca. Pasó con el buque por aquel lado y vió que había un hombre sentado en la referida silla. La marea había subido mucho, el oleaje batía la roca y era casi imposible salir ya de allí. Gilliatt hizo al hombre varias señas, pero éste permanecía inmóvil. Gilliatt se aproximó á él. El hombre estaba adormecido. Vestía de negro.

—Parece un cura, dijo para sí Gilliatt.

Se acercó más y se encontró con un adolescente que le era desconocido.

Dichosamente la roca estaba cortada á pico, y como el mar allí tenía mucha profundidad, Gilliatt atracó á lo largo de la pared de las rocas. El oleaje levantaba el barco lo suficiente para que Gilliatt, de pié sobre el borde del buque, pudiese alcanzar los piés del hombre. Se encaramó por encima del bordaje y levantó las manos. Si hubiera caído al mar en aquel momento, difícilmente hubiera podido reaparecer en la superficie del agua. Esta se estrellaba contra las rocas y era fácil aplastarse entre éstas y el buque.

Tiró de un pié al hombre dormido.

—Eh! qué haceis ahí?

El hombre se despertó.

—Miro, dijo: restregándose los ojos añadió:

—Acabo de llegar á este país; he pasado la noche en el mar; vine por aquí paseando; me gustó esta hermosa perspectiva, pero estaba tan fatigado que me quedé dormido.

—Diez minutos más de sueño y hubierais muerto ahogado, le contestó Gilliatt.

—Bah!

—Saltad á mi barco.

Gilliatt sostuvo con el pié atracado el buque; se agarró á la roca con una mano, tendiendo la otra al hombre que vestía de negro, el que saltó á bordo con ligereza. Era un arrogante jóven.

Gilliatt tomó el remo y en dos minutos el barco llegó á la rada del Bú de la Calle.

El jóven desconocido llevaba sombrero redondo y corbata blanca y abrochada hasta la corbata su redingote largo y negro. El cabello rubio le formaba cerquillo. Su fisonomía era femenina, sus ojos límpidos, su aspecto grave.

El barco llegó á tierra; Gilliatt pasó el cable por la argolla de amarra, y al

volverse hácia el desconocido vió que la mano de éste le ofrecía un soberano de oro.

Gilliatt separó suavemente la mano del jóven.

—Me habeis salvado la vida, replicó el desconocido.

—Tal vez, le respondió Gilliatt.

Cuando la amarra estuvo atada, salieron del barco.

El desconocido añadió:

—Os debo la vida.

—Eso qué importa?

A la respuesta de Gilliatt siguió una corta pausa.

—Sois de esta parroquia? preguntó el desconocido.

—No, respondió Gilliatt.

—De qué parroquia sois?

Gilliatt levantó la mano derecha, señalando al cielo, y contestó:

—De aquella.

El desconocido le saludó y se fué. Pero en cuanto andó unos pasos, se paró, metió la mano en el bolsillo, sacó de él un libro, y volviéndose hácia Gilliatt, se lo entregó, diciéndole:

—Permitidme que os ofrezca este recuerdo.

Gilliatt tomó el libro. Era una Biblia.

Un instante despues Gilliatt, puesto de codos sobre el parapeto, seguía con la vista al desconocido, que andaba muy de prisa por la senda que se dirige á Saint-Sampson.

Bajó gradualmente la cabeza, olvidó al recién venido, se borró de su memoria la Silla de Gild-Holm-Ur, y todo desapareció para él en la inmensidad sin fondo del delirio. Pensaba en Deruchette.

Una voz que le llamaba le sacó de su ensimismamiento.

—Eh, Gilliatt!

Reconoció la voz y levantó la vista.

—Qué hay de nuevo, señor Landoys?

Era, en efecto, el señor Landoys, que pasaba por la carretera, á cien pasos del Bú de la Calle, en su carruaje, tirado por una jaquita. Se detuvo para llamar á Gilliatt, pero parecía estar azorado y de prisa.

—Hay novedades, Gilliatt.

—Dónde?

—En las Bravées.

—Qué sucede?

—Estoy muy lejos para contároslo todo.

Gilliatt se estremeció.

—Se casa miss Deruchette?

—No. Eso es menester.

—Qué quereis decir?

—Id á las Bravées y allí lo sabreis.

El señor Landoys dió un latigazo á la jaca y partió.

LIBRO QUINTO.

El rewólver.

I.

Las conversaciones de la posada Jean.

El señor Clubin pertenecía á esa clase de hombres que acechan y esperan la ocasion.

Era de corta estatura y amarillento, pero tenía tanta fuerza como un toro. El mar no consiguió tostarle el rostro. Su carne parecía de cera, tenía el color del cirio y chispeaba en sus ojos la claridad discreta de éste. Su memoria era particular é imperturbable. Para él, ver una vez á un hombre era tenerle siempre presente, como se tiene una nota en un registro. Su mirada lacónica agarraba. Su pupila sacaba una copia de su semblante y la estereotipaba, y aunque el semblante envejeciese, el señor Clubin lo volvía á encontrar. No era posible hacer perder la pista á su tenáz recuerdo. El señor Clubin era conciso, sóbrio, frío; jamás hacía un gesto. Su aspecto candoroso cautivaba á primera vista. Algunos le creían simple, porque en la cola de los ojos tenía un pliegue que le hacía parecer estúpido. Pero no había mejor marino que él, como ya hemos dicho; ninguno como él amuraba una vela ni la amarraba, ni la mantenía orientada con la escota. Ninguna reputacion de religion é integridad excedía á la suya. El que la hubiere puesto en duda se hubiera hecho sospechoso. Era muy amigo de Rebuchet, cambista de Saint-Malo, y éste decía con frecuencia: *Daria á guardar mi establecimiento á Clubin*. El señor Clubin era viudo. Su mujer fué muy honrada. Murió con el renombre de una virtud á toda prueba. Si el bailío le hubiera echado flores, hubiera ido á declarárselo al rey, y si Dios se hubiera enamorado de ella, se lo hubiera ido á decir al señor cura. Clubin y su esposa formaban una pareja respetable. La mujer era el cisne y el marido el armiño; una mancha le hubiera causado la muerte. Si se hubiese encontrado un alfiler, hubiera

ido á buscar á su dueño para entregárselo, y si se hubiese encontrado un mazo de pajuelas, lo hubiera hecho pregonar. Entró un dia en un bodegon de Saint-Servan y le dijo al bodegonero:—Tres años atrás almorcé aquí y os equivocásteis al darme la vuelta.—Le devolvió sesenta y cinco céntimos que le dió de más. Era la misma probidad y vigilaba con mucha constancia. Parecía un perro de muestra. Acechaba siempre; á quién? Probablemente á los pícaros.

Todos los martes conducía la *Duranda* desde Guernesey á Saint-Malo. Llegaba á Saint-Malo el martes por la noche, permanecía allí dos dias haciendo su cargamento y volvía á partir para Guernesey el viernes por la mañana.

En aquella época había en el puerto de Saint-Malo una botillería que se llamaba la posada Jean. Para la construcción de los actuales muelles se derribó la referida posada. En aquella época el mar llegaba casi hasta la puerta Saint-Vincent y hasta la puerta Dinan; Saint-Malo y Saint-Servan, mientras estaba la marea baja, se comunicaban por medio de carromatos que circulaban entre los buques, evitando las boyas, las áncoras y las járcias, arriesgándose algunas veces á romper las capillas de cuero de una verga baja ó de un bauprés. Entre las dos mareas los cocheros hacían correr sus caballos sobre la misma arena donde seis horas despues el viento azotaría las olas.

El señor Clubin iba á la posada Jean. Allí estaba el despacho francés de la *Duranda*. Los aduaneros y guardacostas bebían y almorzaban en dicha posada, en la que tenían mesa aparte. Se encontraban allí, y esto era ventaja para el servicio, los aduaneros de Vinic con los aduaneros de Saint-Malo.

También acudían allí patrones de buques, pero comían en otra mesa. El señor Clubin se sentaba en una y en otra mesa, pero prefería la de los aduaneros á la de los patrones. En las dos le recibían muy bien.

Las dos mesas estaban bien servidas. Había refinamiento de bebidas locales, que eran extranjeras para los marinos de otros países. El marinero de Bilbao encontraba allí helados: se bebía Stolt como en Greenwich y Guense-brune como en Amberes.

Capitanes de largas carreras y armadores se encontraban algunas veces en la mesa de los patrones. Allí las noti-